

ESTRUCTURA Y ESENCIA DE LA HISTORIA

LIC. JUAN FRANCISCO SÁNCHEZ

El licenciado en Filosofía y Letras JUAN FRANCISCO SÁNCHEZ es un fino temperamento de artista, que se dió a conocer por sus interpretaciones al piano y escribiendo hermosas piezas musicales. Afiliado al movimiento teosófico e imbuido en los caminos de la masonería, su espíritu devino filosófico y a esta última disciplina consagra ahora, principalmente, sus entusiasmos, escribiendo ensayos que publica muy de tarde en tarde.

PARA los primitivos griegos, la Historia era originariamente investigación; pero una investigación sui-géneris, de tal carácter, que se puede considerar como independiente y opuesta a la teoría de la Historia, y a la sistematización de la Historia, esto es: a lo teórico y a lo sistemático.

Concebida así la Historia, venía a ser un relato, una descripción de los momentos o caracteres de una cosa en contraposición a su definición esencial; es decir: algo diametralmente opuesto a lo conceptual y científico.

Este sentido de la Historia se conservó durante mucho tiempo. Todavía en Lord Bacon de Verulam, la Historia es un **saber de hechos** y no un **saber de esencias**. Claro está que dentro de una tal concepción, cabe incluir –y así lo hace Bacon–, una Historia de la Naturaleza, una del hombre y otra sagrada.

El objeto de la Historia se ha ido restringiendo paulatinamente y cada vez más a lo humano exclusivamente, dando a su concepción un significado distinto. **Progreso** histórico y **proceso** evolutivo,

han sido bien destacados como dos conceptos que separan irremisiblemente a la Ciencia y a la Historia. El problema del progreso, el de la finalidad, el de la causalidad, los avances obtenidos en una teoría de los valores y sus discusiones en torno a la cultura objetiva y subjetiva, han dado lugar a diferentes posiciones, a distintas actitudes en el campo de la filosofía de la Historia, tanto en lo que se refiere a su estructura como en lo que concierne a la esencia de lo histórico.

La ausencia de una filosofía de la Historia –cuyo nombre se debe a Voltaire y su desarrollo sistemático a Vico–, no implica sin embargo que interiormente no haya habido determinadas concepciones de lo histórico en culturas anteriores. Muchos pensadores (San Agustín, Santo Tomás, Maquiavelo, etc.), han tomado actitudes definidas frente al problema de la estructura y al de la esencia de lo histórico.

Muchas y variadas interpretaciones han surgido para explicar la marcha de la Historia y los factores primordiales que la impulsan. A este respecto, se han intentado multitud de clasificaciones con que los historiadores de la Historia ordenan las distintas interpretaciones; nosotros preferimos hacer una distinción trina:

A) **la concepción teológica**, o sean aquellas doctrinas que hacen de la historia humana la realización de la voluntad de un Dios personal, y en última instancia, el cumplimiento de una teofanía:

B) **la concepción metafísica y psicológica** o sean las teorías que conciben la causa principal de la historia como una entidad metafísica, desde la Voluntad hasta la Idea o el Inconciente;

C) **la concepción naturalista**, o sean las doctrinas que erigen un factor real como determinante de todos los acontecimientos o que convierten la Historia en el desenvolvimiento inexorable de las etapas de niñez, juventud, madurez y vejez.

En el inmenso e intrincado bosque de la Historia, hay oportunidad para todos los gustos. Hay quien afirma, conforme a las Escrituras: «no cae una sola hoja de un árbol sin que medie la voluntad de Dios»; hay quienes con espíritu científico estudian la nutrición del

árbol y su anatomía, destacando el hecho de que sus raíces estén hundidas en la madre tierra y que de allí saque su sustento; hay quienes, finalmente, se fijan nada más en la belleza de sus flores y en las variaciones que experimenta con las estaciones.

A) LA CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DE LA HISTORIA

La concepción teológica de la Historia tuvo su auge principal en la filosofía escolástica. En la **Ciudad de Dios**, de San Agustín, está contenida la primera concepción providencialista de la Historia; Santo Tomás, Paulo Orosio, el Venerable Beda, etc. etc. son otros tantos ejemplos de historiadores que conciben el acontecer sucesivo como el cumplimiento de la Voluntad divina. Pero el caso típico es Jacobo Benigno Bossuet (1627-1704), el contrincante de Fenelón.

El **Discurso sobre la Historia Universal** de Bossuet, que escribió para enseñar la materia al Delfín, trata de explicar el significado de la Historia como una manifestación del poder de la divina Providencia, como el drama de la Santa Voluntad de Dios en donde todo acontecimiento es una lección dada por los cielos al hombre. Bossuet establece que todo el acontecer histórico no está, en su totalidad, en la posibilidad de ser explicado ya que algunos superan nuestro entendimiento. Sin embargo, Bossuet pretende explicar muchos misterios, como la creación de Eva, lo que hace morir de risa a Voltaire, a quien abre el camino planteando el problema de la filosofía de la Historia.

Pretende también descubrir las fechas exactas del asesinato de Abel, del Diluvio y de la misión de Abraham, estableciendo una cronología acuciosa, pero falsa.

La estructura y la esencia de la Historia, dimanar en Bossuet en un recibir de Dios por medio de la Revelación. Resuelve el problema de la oposición entre la verdad revelada y el saber racional conciliando la verdad con la fe; así, la Historia viene a ser una revelación del decir de Dios en un saber teológico que se expresa por un recibir de EL.

B) LA CONCEPCIÓN NATURALISTA DE LA HISTORIA

1. Interpretación geográfica.

Ya en el siglo IV antes de nuestra era, Hipócrates escribió un tratado llamado **Aires, aguas y sitios** en el que habló brevemente del influjo que el ambiente geográfico puede ejercer en la constitución física de los pueblos y en la constitución política de los Estados.

Aristóteles atribuía el buen éxito de los griegos y hasta su superioridad mental a su clima **intermedio**.

También Montesquieu merece ser mencionado en este capítulo. Es el primero que tiene el mérito de buscar las causas específicas de la grandeza y decadencia de las naciones. Sin embargo, Montesquieu no pretende reducir la Historia a geografía: admite diversas causas como factores influyentes; en algunas naciones han sido las leyes, en otras la religión, en las de más allá las costumbres, en las de acá la naturaleza y el clima, «ésta última causa es soberana entre los salvajes», exclama. Cree que las diferencias de carácter y temperamento, que en medida tan vasta afectan el destino de las naciones, se deben en gran parte al influjo del clima. En las zonas frías, por ejemplo, el pueblo tiende a ser vigoroso, mientras que en el trópico se inclina más bien a la pereza. ¿Por qué las naciones meridionales, una tras otra, parecen condenadas a la conquista por las tribus del Norte, sino es porque el Sur enerva y el Norte vigoriza? Los esclavos proceden del Sur; los amos, del Norte; once veces las nórdicas avalanchas humanas han conquistado el Asia.

Federico Ratzel es otro campeón de la interpretación geográfica de la Historia, aunque no pretende explicarlo todo por la Geografía. Fué profesor de esta materia en la Escuela Superior Técnica de Munich durante muchos años. Antes que él, Ritter, Kohl, Peschel y Juan Jacobo Eliseo Reclús (el más célebre de sus cinco hermanos), habían sido maestros en este campo.

Ratzel modifica los conceptos de Montesquieu. La dificultad de la vida en el trópico no consiste tanto en el calor como en los peligros: terremotos, pestilencias, tempestades, bestias feroces y sabandijas. En países semitropicales, el calor modificado es benéfico: inclina a la sociabilidad, a la vida al aire libre, a una sensualidad intensa, y determina, en consecuencia, una feliz disposición para las artes y para la cultura. En el Norte, más frío, la industria y los atareados negocios, si así puede hablarse, de las clases dominantes, la concupiscencia de la actividad, la ganancia y el logro, conducen al desarrollo de la ciencia más bien que al del arte, a la riqueza y al poderío antes que al ocio. La vida a puerta cerrada produce a la larga una reserva insociable y la competencia despiadada desenvuelve un abrupto individualismo.

Según Ratzel, el clima llega hasta a determinar la estatura y la fisonomía. Los ríos tienen para Ratzel una importancia de orden primordial. El Nilo y el Ganges, el Hoang-ho y el Yang-tse, el Tigris y el Eufrates, El Tíber y el Po, el Danubio y el Elba, el Sena y el Támesis, el Hudson y el San Lorenzo, el Ohio y el Mississippi... han servido de asiento, en sus orillas, a las civilizaciones más importantes. Si los ríos de Rusia hubiesen corrido hacia el Norte y no hacia el Sur, los rusos no hubiesen codiciado tanto tiempo a Constantinopla, ciertas grandes guerras no hubiesen ocurrido y el curso de la historia de estos dos países hubiese corrido otro destino. Porque los ríos de Rusia corrían hacia el Caspio y el Mar Negro, fué por lo que el Dnieper los hizo bizantinos, y el Volga asiáticos. Se necesitó que Pedro el Grande concluyese la construcción de San Petersburgo y abriese las bocas del Neva para que Rusia mirase al Occidente y llegara a ser una parte de Europa.

Las costas marítimas desempeñan un papel importante en la historia. El Mediterráneo abrazó con sus costas doce civilizaciones juntas, y el Atlántico condujo a Europa hacia América, cambiando las corrientes comerciales.

Las diferencias de razas se producen por las diferencias geográficas, por el ambiente. Cuando una raza se traslada del Norte al Sur, a las pocas generaciones empieza a adquirir las características de los meridionales. Ratzel apunta que los alemanes que han residido por largo tiempo en el Brasil, acaban por perder su vigor nórdico, así como los ingleses en el Africa pierden las ganas de trabajar y alquilan a los negros para que trabajen por ellos. Las características raciales son, a la larga, meros resultados del ambiente geográfico.

2. La interpretación étnica:

Otra variante de la concepción naturalista de la Historia la ofrece la que afirma que los factores determinantes de ella son los raciales.

Esta versión cuenta con ilustres representantes: Max Müller, Weismann, Nietzsche, Grant, el Conde de Gobineau, etc.; Ricardo Wagner llevó a la música esta teoría.

José Arturo, Conde de Gobineau, diplomático francés, personalidad paradójica, es el creador de una teoría racista de la Historia, donde finalmente considera a la raza germana como la misionera para construir un mundo mejor. Su amistad íntima con Wagner y con Nietzsche es bien conocida, y la audacia y el desenfado con que expone las teorías con que dejó pasmados a sus compatriotas se muestra bien claro en una carta que escribe a Tocqueville en Noviembre del 1856, donde le dice: «Si digo que soy católico, es porque lo soy; antes he sido filósofo hegeliano, ateo. Jamás he tenido miedo de ir hasta el fin de las cosas. Por esa puerta final he salido de las doctrinas que desembocan en el vacío para entrar en la que tiene valor y densidad. Su **Ensayo sobre la desigualdad de las razas** (4 volúmenes, 1853-55), consiste en dar una base física y realista a la idea de la superioridad de las razas nórdicas y germánicas. Para él, la raza confiere por sí misma una superioridad física y moral; la civilización, que busca la asimilación de los hombres

entre sí, y el humanismo, que cree en una profunda identidad de los espíritus, son muestras de decadencia, porque favorecen una mezcla de razas que redundará siempre en beneficio de la raza inferior... «Cuando la civilización de un país es débil, numéricamente hablando, indudablemente se la civiliza así: haciéndola desaparecer o absorbiéndola». He aquí el origen de la moderna teoría racial nazi.

Por otra parte, los biólogos alemanes se encargaban de buscar apoyo a las teorías de Gobineau. Wiesmann pretendía demostrar que el plasma germinal yacía confinado en alguna parte de nuestra desacreditada anatomía, y que es inmune a todo influjo del medio. Madison Grant es otro apóstol del racismo en la Historia. En su obra **El ocaso de la gran raza** describe la marcha de la Historia como una estela que va detrás de la huella que deja lo que él llama la raza nórdica, que aparece ya como cimerianos, luego como aqueos, frigios y dorios; más tarde vikings y por fin sajones y teutones.

Donde quiera que van son aventureros, navegantes, guerreros, gobernantes, amos, organizadores, en agudo contraste con las demás razas europeas. La causa de la decadencia de las naciones es la mezcla de las razas: Roma decae por haberse mezclado con los esclavos que importaba de los países conquistados; Grecia se rindió al yugo macedónico cuando la estirpe griega se hubo diluído en un diluvio de matrimonios híbridos.

3. La interpretación económica:

El apóstol de dicha doctrina es el bien conocido Carlos Marx, a quien Will Durant llama **el Sócrates de las barricadas**. Para Marx, el factor básico en la historia de todos los pueblos y en todos los tiempos es el económico: el modo de producción y distribución, división y consumo de las riquezas. Las relaciones entre patronos y empleados, la lucha de clases entre ricos y pobres, etc. todo eso determina a la larga los demás aspectos, sin excepción, de la

existencia; el religioso, el moral, el filosófico, el científico, el literario, el artístico. El conjunto de las relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, o sea el fundamento sobre el que se apoyan y levantan las superestructuras jurídicas y políticas, y al que debe imputarse las formas definidas de la conciencia social (Karl Marx, prefacio de la **Crítica de la Economía Política**).

Así, Marx, abandona la antigua división de la Historia en antigua, medioeval y moderna, para adoptar las divisiones de la historia humana en el **período agrícola y de los oficios manuales**, y en el **período industrial y maquinista**. Los grandes acontecimientos históricos para él son los económicos: no son la batalla de Marathon ni el asesinato de César, ni la Revolución Francesa, sino la revolución agrícola (tránsito de la caza al cultivo de la tierra) y la revolución industrial (tránsito de la industria doméstica al sistema de fábrica). Estos son jalones históricos que marcan nuevos derroteros a la humanidad, según él.

La inmoralidad, el lujo, el refinamiento, no son causas sino efectos, no determinan la decadencia de las naciones, que están solo regidas por la ley de las condiciones económicas. En el fondo de las ideas de Marx, está siempre la pregunta por el suelo, la tierra: es buena para el cultivo, o solo para la caza y el pastoreo?, ¿contiene minerales útiles, carbón, petróleo...? Ahí, en esa pregunta, está el futuro del pueblo que la habita. Egipto se hizo fuerte por el fértil limo del Nilo; la antigua Inglaterra por su estaño, la moderna Inglaterra por su hierro y su carbón. Cuando las minas de plata se empobrecieron Atenas decayó; el oro de Macedonia hizo el poderío de Filipo y de Alejandro; Roma combatió a Cartago porque sentía de cerca el poderío que a ésta le daban sus minas de plata en España.

Los grandes períodos artísticos sobrevienen una vez amasada la riqueza nacional.

No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad, es, por el contrario la realidad social la que determina su conciencia. El individuo cree que por si mismo ha desarrollado sus ideas, sus

prejuicios de partido, sus sistemas filosóficos, sus nociones morales, mediante el ejercicio lógico e imparcial de la razón, y no sabe cuan profundamente las subyacentes condiciones económicas de su vida modelan todos y cada uno de sus pensamientos. La religión nace con la ignorancia humana, y florece y asienta con la explotación, y con las donaciones y legados, tales como **la donación de Constantino** sobre diezmos y primicias, todo lo cual llegó a poner en manos de la Iglesia la tercera parte de todas las tierras arables de Europa: esa fue la base de su poderío. El Renacimiento fue la eflorescencia del oro almacenado en la Italia del Norte como consecuencia del renovado tráfico entre Europa y el Oriente, y la Reforma estalló cuando a los príncipes de Germania se les ocurrió que era preferible guardar para sí mismos el torrente de monedas que fluía de los bolsillos de sus súbditos para engrosar los cofres del Vaticano. La Revolución Francesa se hizo, no porque los Borbones fuesen corrompidos ni porque Voltaire escribiera sátiras agresivas y brillantes. Se hizo porque en los siglos anteriores, una nueva clase económica: la burguesía comercial, había venido levantándose hacia la igualdad con la aristocracia terrateniente, y porque al cabo habían adquirido más riqueza que los aristócratas descuidados que preferían danzar el gracioso minué, empolvadas las pelucas, en los brillantes salones de Luis XVI.

América no fué descubierta para Cristo, sino para el oro. Por otra parte, Marx reconoce que los individuos, personalmente, se mueven a menudo por motivos no económicos, sino raciales, religiosos, patrióticos, sexuales; pero para él, los individuos no determinan la Historia, no cuentan definitivamente en la exaltación o decadencia de las naciones. Por debajo, por detrás de ellos, están los gobernantes que los manejan, y que son para Marx, agudamente conscientes de lo económico. Marx no aplica el determinismo económico a los individuos, sino a las naciones como totalidades individuales.

Marx influyó en Feuerbach, Engels, Adam Smith, etc., su cuerpo de doctrina se llama **el materialismo histórico**.

LA CONCEPCIÓN METAFÍSICA Y PSICOLÓGICA DE LA HISTORIA

a) **La Voluntad:** El filósofo alemán J. G. Fichte, variando la doctrina de su compatriota Hegel, pone el término Voluntad donde aquel pone la Idea. Ambas concepciones se refieren a un Absoluto metafísico que puede muy bien identificarse con Dios, si le entendemos no como una **persona** sino más bien como un ente **abstracto**.

Para Fichte, este Absoluto abstracto es el Yo, que no es de ningún modo un elemento pasivo sino un perpetuo dinamismo, un continuo hacerse a sí mismo en una infinita, perpetua e inagotable **aspiración**. Este principio absoluto se descubre por medio de una intuición intelectual, en donde se hace patente su esencial carácter volitivo. El Yo se **pone** a sí mismo en un acto de libertad absoluta, pero muy pronto, al actuar, encuentra una **resistencia** que le evidencia la existencia de un NO-YO que se le **contrapone**. De aquí nace la aspiración a suprimir y aniquilar la limitación que encuentra en sí mismo, que se efectúa en un primer paso por el descubrimiento del Yo en sí mismo de su propia limitación, y nace el entendimiento. El proceso de la aniquilación del No-Yo equivale al proceso de la conquista de la libertad, y la Historia no es otra cosa que el drama sublime del Yo, de la Voluntad, por resolver en una síntesis integrante, esta lucha de los opuestos.

El Yo se ofrece, por tanto, en la esfera práctica, como una voluntad que necesita, para seguir existiendo, de una resistencia. Sin resistencia no puede el Yo histórico libertarse. Por eso el concepto del Yo absoluto en Fichte, deja paso paulatinamente a la noción de la divinidad como conocimiento absoluto y razón absoluta.

La parte negativa de una doctrina muy parecida a la de Fichte, la representa Arthur Schopenhauer, al poner como meta de la Voluntad, el aniquilamiento de sí misma como entidad histórica, para alcanzar el nirvana de la nada, donde encuentra el hombre la paz por la renunciación.

b) **La Idea:** Hegel llama Idea al espíritu, a Dios. Este Dios es lo absoluto, la suma de todas las cosas en su desarrollo. La historia, pues, es el desenvolvimiento del Espíritu, o, lo que es lo mismo, el crecimiento de la Vida. Al principio, la vida es una fuerza oscura, sin conciencia de sí misma. El proceso de la historia es el advenimiento del espíritu o la vida a la conciencia de sí misma y a la libertad. La libertad es la esencia de la vida, como la gravedad lo es del agua. Historia equivale a desarrollo y crecimiento de la libertad. Su finalidad está en que el espíritu llegue a ser completa y conscientemente libre.

Distingue Hegel tres etapas en la Historia: la primera es la etapa oriental, en la cual UNO solo es libre; la segunda es la etapa greco-romana, en la que hay VARIOS libres; la tercera es la etapa moderna, en la que el espíritu adquiere la conciencia de su libertad, se organiza el Estado y hace a todos los hombres libres. El mecanismo del proceso histórico se explica porque **toda edad contiene dentro de sí misma alguna sutil contradicción** que, con el desarrollo se torna evidente y hasta que al fin, sobreviene su agudización y la consiguiente división, la lucha, la revolución, la quiebra de tal edad. Al coronar una etapa no se llega a la opuesta **sino a la síntesis de ella con la opuesta**. De tal suerte, la edad capitalista, en conflicto con el socialismo, no conduce al socialismo sino al socialismo de Estado (Fascismo, Nazismo, Comunismo), (el paréntesis es de nosotros, y aquí, Hegel se convirtió en profeta). Los revolucionarios se toman capitalistas: llámanse a sí mismos el Estado, y aún cuando mucha gente sufre, las condiciones generales avanzan y se penetra en una etapa superior al fin de la crisis: la Idea se ha liberado...

c) **La razón, el pensamiento creador.** Thomas Carlyle, afinca su interpretación de la Historia en la palanca del genio. Para él, la Historia se contrae a la biografía de los grandes hombres, a quienes él llama **héroes**. Fueron los conductores, los modeladores, los escultores, y en sentido amplio los creadores de todo lo que la masa general de los hombres contribuyó a obrar o a edificar. Todas las cosas que vemos realizadas en el mundo, son propiamente el resultado material externo, la elaboración práctica y la encarnación de los pensamientos que vivieron en los grandes hombres enviados a esta tierra. El alma de la total historia del mundo está íntegra en la biografía de los héroes (Carlyle, **El culto de los heroes**). Es lo que había dicho el gran filósofo chino Mencio: «Un sabio es el instructor de cien edades». A esta concepción se han sumado muchos pensadores modernos, entre ellos William James.

Lester Ward, circunscribe esta teoría a la función creadora del hombre en su aspecto **aplicable**: los grandes inventos. El desarrollo de los conocimientos es la esencia de la historia. La máquina de vapor hizo el siglo XIX, la electricidad, la química, el aeroplano, forjan el siglo XX.

d) **La psiquis social:** Carlos Lamprecht, historiador de Leipzig, se ha hecho perito especialista en una tentativa de describir la Historia de su nación como la Historia del alma de un pueblo desde el punto de vista de un desarrollo que avanza atravesando por diversas fases. Construye su historia conforme al método de las ciencias naturales, porque opina que sólo en la indagación de una regularidad general, exactamente fijada, está la validez de una ciencia de la Historia. En realidad y en el fondo de la teoría de Lamprecht está el *Zitgeist* (el espíritu, la Idea) de Hegel. El grande hombre extrae de la psiquis colectiva lo que está maduro para su desarrollo final, y se crea el **leader**.

Tales individuos no son concientes de la **idea general** que encarnan, pero penetran intuitivamente en las necesidades de su tiempo. (Es una magnífica teoría para investigar el caso de Hitler).

Les corresponde extraer lo que está condensado o a punto de condensarse en la psiquis colectiva, en la matriz del tiempo.

El psicólogo de la sociología Gabriel Tarde, desarrolla una interesante doctrina sobre la imitación. La psiquis colectiva tiene una natural inclinación a imitar al genio; por esto, los procesos de la imitación son, en conjunto, lo único interesante en la historia. Esta es una teoría intermedia entre la de Carlyle y la de los modernos filósofos de la sociología como Lamprecht.

2. EL PROBLEMA DE LA ESENCIA DE LA HISTORIA

Como hemos visto anteriormente al tratar del problema de la estructura de la Historia, dentro de las concepciones teológica, naturalista y metafísico-psicológica, caben multitud de posiciones. La parcialidad de todas estas interpretaciones queda demostrada por el hecho de que en cada una de ellas, se acentúa de un modo exclusivo e inadmisiblemente **uno** solo de los **dos** grandes factores, que, aunque en modo diferente, contribuyen al desenvolvimiento real de la Historia «Estos dos factores son –como Scheler ha puesto de manifiesto–, **las determinaciones ideales** y los **impulsos naturales.**» Eliminar el factor ideal y todo lo que él conlleva es ignorar que la historia del hombre no es un proceso natural sin sentido, es negarle su condición esencial de ser de razón, de ente de ideas –sello privilegiado que le diferencia de la escala zoológica. Pero, por otra parte, querer excluir los factores reales –externos o internos–, desde los económicos y geográficos hasta los biopsíquicos, es ignorar que el hombre también es la culminación de la vida animal, del proceso natural, y que la idea por sí sola no posee energía suficiente, y es eficaz en tanto **determina** los impulsos cuando estos se ponen a su servicio. La Historia es, pues, si la vemos de una manera **integral**, el curso de los impulsos naturales y de las influencias externas en tanto son determinados por el espíritu; «pero

este espíritu no debe ser entendido al modo de Hegel, como el factor activo del proceso histórico, sino como aquella realidad que, asentada sobre lo natural y necesitada de ello, lo trasciende sin embargo por el hecho de su **dirección** ⁽¹⁾.

Así, se nos presenta el problema de la esencia de la Historia, como una dilucidación centrada en el marco de una ontología de la Historia y que incluye:

a) una discusión de las diferentes interpretaciones –todas parciales– de la Historia:

b) una investigación de la esencia de **lo** histórico, fundándose en una antropología filosófica y en una metafísica que considere al hombre como un ser predominantemente histórico, y

c) una fundamentación de la historicidad en la temporalidad cualitativa, lo que obliga a una discusión de los problemas del proceso y del progreso, de la sucesión y la repetición, etc. etc., o lo que es lo mismo: evolución y tiempo, en sus significados más amplios.

Sin embargo –sino fatal de la filosofía–, en el campo de la investigación de la esencia de la Historia se presenta el mismo desgarramiento que ya hemos visto en el de la estructura: hay diversas tendencias:

La tendencia lógica. En primer lugar, tenemos la tendencia lógica, tal como se halla representada por la escuela de Baden (Windelband, Rickert, Lask, Bauch, etc.) que ve ante todo en el problema de la Historia, la cuestión de la constitución lógica, separando de esta manera el campo de la ciencia en dos grandes divisiones: **Ciencias de la Naturaleza y Ciencias de la Cultura**, y asignando a este último campo el lugar propio de la Historia.

Para buscar la filiación de esta tendencia, hay que recordar como Bacon y Hume comenzaron con una justificación de la Historia

⁽¹⁾Ferrater-Mora, "Diccionario de Filosofía", art. Historia.

como ciencia; luego Leibniz intentó crear un ideal de Historia estricta, cuyo rigor fuera semejante al de las ciencias naturales. Pero fué Fichte quien poniendo frentes a la Ciencia de la Naturaleza y a la Ciencia de la Historia, por un lado, y a la Historia filosófica y empírica por el otro, echó los cimientos sobre los cuales debieron basarse los ulteriores trabajos de Windelband y Rickert en éstas, y de Lamprecht en aquellas⁽²⁾.

La tendencia gnoseológica. En segundo término aparece la tendencia gnoseológica, defendida por Dilthey y su escuela, la cual hace una división parecida a la anterior, de Ciencias de la Naturaleza y Ciencias del Espíritu. Para Dilthey, éstas no se diferencian por el método sino por su **contenido**, ya que los hechos espirituales se nos revelan de un modo real, inmediato y completo (es decir, al través de la intuición y por la comprensión), a diferencia de los hechos naturales que nos son dados solamente al través de un andamiaje conceptual.

El hombre pertenece al campo de las ciencias del espíritu y la historicidad es su nota constitutiva; ser hombre es ser histórico, y ser histórico es ser grávido de pasado. Esta es la idea fundamental de Dilthey, y que está reflejada más o menos en Spranger, Misch, Frischeisen-Kohler, Jaspers, etc. etc.

La tendencia metafísica. En tercer lugar, existe la tendencia metafísica, que concibe la Historia como una parte de la Filosofía primera y que no admite otra constitución de la ciencia histórica que como «desarrollo de los problemas referentes al **sentido** y al **destino**» (Berdaiev, Keyserling, etc. etc.). Esta tendencia está más o menos implicada en todas las demás direcciones y nace en toda concepción que sostenga la existencia de un factor real o ideal único, como causa del proceso histórico. El problema de la causalidad pesa singularmente sobre esta tendencia en cuanto ella enfoca el determinismo y la finalidad histórica. Por otra parte, y en lo tocante

⁽²⁾ Schneider, «Filosofía de la Historia», pags. 239, 240, Editorial Labor, 1931.

a la captación del **sentido** de lo histórico, habría amplio campo para explicarlo, desde la intuición artística de Croce, hasta la teoría de Hoeffding que concibe el **sentido** como una forma de la **simpatía universal**, acaso la forma suprema de la simpatía humana. Lamentablemente, una tal concepción alejaría a la Historia del campo de la ciencia, condicionándola a una específica facultad natural e intuitiva que deberá poseer el historiador, el cual viene a ser una especie de profeta al revés o bien un raro artista cuya índole creadora se contrae a una especial **imitación del pasado**.

Hechas estas divisiones generales en lo tocante al problema de la esencia de la historia, veamos algunos aspectos particulares del mismo problema, ellos son: el del progreso, el de la Historia como ciencia, el de su universalismo, etc. así como las discusiones relativas a las interpretaciones y a la esencia.

Dijimos que el problema de la esencia de la historia incluía a) una discusión de las interpretaciones parciales de la Historia; b) una investigación de la esencia de lo histórico, y c) una fundamentación de la historicidad.

En cuanto al primer punto, la opinión más sabia –en nuestro sentir–, es la de Croce cuando afirma que la historia debería escribirse exclusivamente por filósofos, porque «ellos consideran las cosas en conjunto, con visión panorámica». En verdad que todo el escabroso problema de las interpretaciones está contenido en esta frase. Necesitamos los datos de la ciencia y los de la filosofía para tener una visión panorámica y de conjunto. Cuando un hombre escribe por ejemplo la historia de Grecia, por tal cosa entiende la vida política y económica de Grecia. Luego otro hombre escribe una historia de la industria y comercio griegos (un ensayo como el de Zimmern.). Otro nos da una historia de la religión; aquél, de la filosofía de Grecia; éste, de la literatura en Grecia; otro del arte en Grecia, etc. Dejan al hombre estudioso la tarea de juntar todos esos fragmentos dispersos–visiones unilaterales–, para formar una idea de la vida de Grecia. Los historiadores parciales suelen descomponer

arbitrariamente la vida de un pueblo en sectores independientes, olvidando que la vida no es un compuesto de sectores aislados longitudinalmente. Cuando hacemos esto, obtenemos solamente relaciones de secuencia y tiempo, y se nos escapan todas las relaciones de influjo mutuo, de cooperación, y sobre todo los conflictos íntimos, las discrepancias y contradicciones internas que tanto aclaran y explican el espíritu de una época dada. Tomar un tema como la política, la filosofía o el arte, y trazar su transformación y desarrollo es obtener solamente un esquema de historia **dispersa**. Ahí van a parar finalmente todos los estudios especializados, que son como la obsesión de un espectador interesado en ver solamente un color del arco iris. Las objeciones saltan a simple vista.

A la teoría de la historia que centra su interpretación en la raza nórdica o aria, o bien en los alemanes, se le pondría como ejemplo de excepciones a Dante, Rafael, Miguel Angel, Leonardo, Shakespeare, Platón, Voltaire, César, Napoleón, y miles de genios que impulsaron la historia y que no fueron precisamente nórdicos o alemanes, sino judíos, griegos, latinos, etc.

A la interpretación económica de Marx, se le podría objetar con razón, que en multitud de períodos históricos, no ha sido la economía lo que ha regido la vida de los hombres, como por ejemplo en toda la Edad Media, en que la Religión fué la guía y regla de la vida social de Europa. Es un desatino de Marx afirmar que Lincoln libertó a los esclavos no por razones morales sino económicas y que no existen gobernantes idealistas.

Igualmente se podría objetar toda interpretación parcial de la historia. El vasto e intrincado bosque de la historia está formado y se desenvuelve por virtud de multitud de factores de una complejidad variadísima, hecho de una fuerza lógica y probatoria de tal pujanza que ha llevado a dudar a muchos pensadores de si la historia puede llegar a tener la exactitud de una ciencia. No cabe, pues, en última instancia, sino una interpretación combinada, integral, ya de la

historia en general o de un período en particular, para lo cual se exige un ojo certero y una vasta cultura, y hasta –¿por qué no?– una facultad artística de intuición, agudamente captativa.

b) Igual dificultad hallamos en cuanto a la investigación de la misma esencia de la historia, en cuyo campo encontramos la tendencia lógica (la Historia como Ciencia de la Cultura): la tendencia gnoseológica (la Historia como Ciencia del Espíritu), y la tendencia metafísica (la Historia como búsqueda del **sentido y el destino**).

En cuanto a la primera tendencia, la que pregunta ¿es Ciencia la Historia?, existen los que la niegan en redondo, los que la reconocen en parte, y los que lo afirman enfáticamente.

La Historia, a primera vista, no reproduce el tipo general de las ciencias (química, física, biología, etc.): procede **ad narrandum**, reconstruyendo, reviviendo el pasado, al revés de las ciencias, que miran hacia el futuro y prevén en virtud de estar armadas del valioso instrumento de la **ley general** que cubre una multitud **indefinida** de casos particulares y **posibles**. En cambio, todos los historiadores lo son de **sucesos particulares**. En suma: en tanto que las ciencias se refieren a géneros, uniformidades y leyes, la historia, aún cuando practique los procedimientos racionales, no formula leyes al generalizar, sino que simplemente lo hace para servir así a su fin último, que es la intuición individual. En tanto que las ciencias estudian lo que se repite universalmente, lo que es una vez, y **más** veces y siempre, la historia se refiere a lo único, a lo singular, a lo que nunca vuelve a ser como fué.

Resuélvase el punto como se quiera; pero no se niegue esta primera proposición incuestionable: **si no se modifica el concepto de ciencia, habrá siempre una especie del género que no reproducirá los atributos genéricos**: lo que es evidentemente absurdo.

Por esto, varios pensadores han preferido modificar el concepto de **ciencia** para hacer caber en él el concepto de historia, y encontrar así un elemento universal.

Para Aristóteles (como para Schopenhauer y otros), la filosofía es **conocimiento de lo universal** y cada ciencia una filosofía **parcial**, restringida a cierto objeto de conocimiento; pero Aristóteles hace notar bien que sin un elemento de generalidad no hay ciencia, y declara que no hay ciencia de lo particular como particular⁽³⁾. Más adelante, el estagirita enseña: «La verdadera diferencia (entre el historiador y el poeta) estriba en que uno se refiere a lo que ha sido y el otro a lo que habría podido ser... la poesía se ocupa más de lo universal y la historia más de lo particular». Luego aquí hay un silogismo: No hay ciencia de lo particular; la historia conoce lo particular; luego no hay ciencia de la historia.

Reconociendo esta verdad lógica, Windelbrand y Rickert se dieron a la tarea de encontrar un **elemento universal** para la historia, de manera que pueda ser ciencia. Este elemento universal creen haberlo encontrado en **los valores**: la historia es una **ciencia cultural**, no natural, dicen los partidarios de esa teoría. Es ciencia, porque el elemento de significación universal que la integra como tal, es, precisamente, el valor. Cada página de la historia nos revela una conducta moral que **capta** este elemento de significación universal, una época histórica **capta** mayormente el valor de lo **religioso**, otra época el de lo **justo**, otra el de lo **bello**, etc. Pero aquí hay otra dificultad: habría que poner en claro cual de las tesis sobre el valor es la verdadera... porque hay subjetivistas del valor, hay ontologistas, hay hasta realistas del valor, y de la respectiva posición adoptada para definir la esencia del valor depende su universalidad o particularidad, su absolutividad o su relatividad, su realidad o inexistencia. Así, la ciencia de los valores se convierte en ciencia para definir otra ciencia; y esto no está en claro todavía, pese a los encomiables esfuerzos de la escuela Badense.

No menor dificultad entraña la distinción entre ciencias de la Naturaleza y ciencias del Espíritu que hacen Dilthey y sus seguidores.

⁽³⁾ Metafísica II, II-Moral a Nicómaco, VI, II.

Afirman, que el **contenido** de la historia, como el del hombre es de carácter espiritual y captable por la intuición y la comprensión. Esta posición conlleva la dificultad de que, centrado el historiador en el campo de la intuición, viene a ser un artista, un poeta. Los equilibrios especulativos que la mente de Dilthey hace, no son suficientes para separar de una manera clara y precisa los campos de la Historia y del Arte.

Arrancando del historiador como intuitivo, han podido Spengler y Croce asignar a la historia el campo del artista, el primero, y el del filósofo el segundo.

Mucho menos científica, aunque se empeñen en negarlo, es la tendencia, metafísica, que asigna a la historia como ciencia, la misión de encarar los problemas del destino y del sentido. Afirmaciones como la de Hoeffding de que el historiador debe cantar el **sentido** de la historia por medio de una misteriosa facultad llamada la **simpatía universal**, están más cerca de la teología y del ocultismo que del moderno concepto de ciencia. No obstante ser esta la posición que el autor de este sencillo trabajo comparte, no puede callar sus dudas en cuanto a convertir en ciencia lo que es objeto solamente de algo que podríamos llamar: **la intuición histórica**, facultad personalísima que rechaza todo intento de poder ser convertida en método científico.

LA HISTORIA CONSIDERADA COMO CIENCIA SUI-GENERIS

Sucesión y repetición. Categorías de Xénopol.

c) Una tercera posición que defiende Alejandro Demetrio Xénopol (1847-1920), el genial rumano que trabajó en Metodología de la Historia, pretende afirmar el carácter científico de la Historia, esta vez, concibiéndola como Ciencia sui-géneris.

La distinción de que se vale Xénopol para modificar el concepto de Ciencia y hacer caber, de esta manera, dentro de ella a la Historia, es la de **sucesión y repetición**.

Comienza por afirmar este autor, en el primer capítulo de su libro **Repetición y Sucesión Universales**, la relación de todos los fenómenos con el espacio y el tiempo. Pero espacio y tiempo para Xénopol, están lejos de ser tomados en su significación kantiana de formas a priori de la sensibilidad; estas categorías son en Xénopol fundamentos reales que provocan inmediatamente todas las dificultades anejas a cualquier realismo ingenuo.

Dice el autor citado: «Los hechos que se han producido o se producen en ambos marcos: el espacio y el tiempo, sin dejarse influir por las fuerzas modificadoras, constituyen los **hechos de repetición**. Por el contrario, los que son o pueden ser influídos y transformados por las fuerzas que obran en el tiempo, constituyen los **hechos de sucesión**. Así, para Xénopol, estas dos categorías, forman el objeto de dos disciplinas diversas: las ciencias (conocimiento de los hechos de repetición), y la Historia (conocimiento de los hechos de sucesión). Los de repetición son el todo, la totalidad, de la cual se separa una parte que es la que engendra o da origen a los de sucesión. «La repetición es el fundamento de todo lo que existe; la sucesión no es sino su florecimiento».

Objeciones a la teoría de Xénopol

A todo pensador imparcial le parecerá, seguramente, extraña esta idea de un tiempo o de unas fuerzas, inactivos con respecto a ciertos hechos, y activos con relación a otros, que al fin se declaran íntimamente ligados con los primeros, tan ligados, que vienen a ser como un **florecimiento** de los mismos.

Tal es el error fundamental de la tesis: creer en la inactividad del **tiempo marco**. Pensar que la sucesión o **historicidad** no es

atributo de los hechos de repetición. Concebir dos órdenes generales de la existencia, íntimamente ligados entre sí, y, sin embargo, irreductibles en parte; y aún algo más (y más difícil de aceptar): fuerzas y tiempo activos con relación a ciertos hechos, e inactivos con respecto a otros. Si se admite la acción universal de la fuerza, ¿cómo explicar esta extraña selección o abstención?

Una planta crece espontáneamente en nuestro jardín, pero interviene la fuerza modificadora del hombre y hace un injerto en la planta para producir una especie nueva: es un hecho histórico, no de la botánica. Las nubes cargadas de vapor se condensan y cae la lluvia, hecho natural; pero un experimentador produce agua en su laboratorio: es un hecho histórico. ¿En cuáles hechos, pues, no puede intervenir la fuerza modificadora del hombre?

La contestación a esta pregunta, casi restringiría el campo de las ciencias naturales a los fenómenos puramente astronómicos. Pero aún en éstos, y previo un análisis cuidadoso, se desentraña cierta incuestionable sucesión, cierta historicidad, si así puede decirse. Dejando a un lado el problema de saber si el tiempo no tiene influencia en las mismas llamadas leyes naturales (que Montesquieu encontró necesarias, pero que modernos filósofos como Mach encuentran simplemente cómodas): dejando a un lado, también la cuestión relativa a investigar si, fuera de nuestro sistema solar, fuera del punto del infinito que habitamos, es decir, hoy mismo, en otro punto diverso del espacio, se cumplen nuestras uniformidades científicas (problema que preocupó a Stuart Mill, y que al fin no resolvió por la afirmativa); y otras consideraciones como estas, relativas a la contingencia de las leyes naturales, es decir, a la **historia** de la **repetición universal**; dejando todo esto de lado, y refiriéndonos simplemente a la repetición astronómica, tipo de las repeticiones mejor definidas, por ejemplo, la ley kepleriana de la órbita elíptica de los planetas, es indudable que: en primer lugar, **jamás** el planeta describe su hipotética órbita elíptica propiamente dicha; en segundo lugar, **nunca** describe la misma cuasi elipse; y en

tercer término, nunca la describe en el mismo punto del espacio. Y esto es porque el tiempo-marco no es inactivo como piensa Xénopol; el tiempo transcurre fatalmente para todas las cosas⁽⁴⁾. Ni el mismo Dios escapa a esto, diría yo.

Xénopol, sin embargo, prevé esta objeción, y de antemano hace constar su manera de pensar: «Por tanto no imaginamos nosotros el lado estático o dinámico de las cosas; la materia misma es la que presenta ambos aspectos, y el espíritu es fiel espejo de ellos, no puede hacer otra cosa, sino reproducir **in mente** esas dos maneras de ser de la realidad misma; la de la repetición y la de la sucesión». Pero Benedetto Croce⁽⁵⁾ le objeta con mucha razón que en el estudio de las relaciones de simple sucesión y no de repetición (como en la historia de la humanidad), es incuestionable que tal conocimiento sería imposible sin atender para nada a elementos conceptuales y repeticiones; «perche, come mai si farebbe la storia dei fatti politici se non si tenesse conto della costante natura politica di quei fatti: o della poesia senza tenere conto delle costante natura poetica di tutte le manifestazione storiche di essa? No se podría hacer la historia de los hechos políticos o poéticos sin tener en cuenta la constante naturaleza política o poética de los hechos. La inteligencia, el espíritu en sí y por sí mismos, seleccionan lo que es **sucesión-repetición** indisolublemente.

Por otra parte, el mismo Xénopol, convencido de la relatividad de su anterior diferenciación, declara: «los hechos de repetición son los que se repiten **sin diferencias importantes: aquellos cuyas variaciones oscilan y pueden olvidarse**, para preocuparse tan sólo de la esencia, de la parte general del hecho. Los **hechos de sucesión**, por el contrario, **son aquellos en los que la repeti-**

⁽⁴⁾ Antonio Caso, «El concepto de la Historia Universal» págs. 61 y sigs. Ediciones Botas, México, 1933.

⁽⁵⁾ Croce, «Lógica», IV, III, pág. 403.

ción realizase de modo que la semejanza supere al elemento común; y en los que las variaciones son continuas».

Pero la objeción principal es la de Croce «...se non ché, fenomeni soltanto successivi o soltanto di ripetizione non esistono e non sono concepibili». Los fenómenos de sucesión, diversos de los fenómenos de repetición no existen ni son concebibles; se trata de una distinción sutil subjetiva, sin objetividad alguna.

Termina Xénopol la exposición de su doctrina, con un nuevo ensayo de clasificación de las ciencias, basado en la diferenciación que acaba de discutirse. Las ciencias se dividen para él, en teóricas o de repetición e históricas o de sucesión, y concluye afirmando, con todos los filósofos contemporáneos que las clasificaciones subjetivas, es decir, fundadas en las facultades intelectuales que se emplean para la elaboración de las diversas ciencias, no deben admitirse, por más que, desde Platón hasta Bacon y D'Alembert, todas las clasificaciones propuestas hayan sido de este orden. Croce, en su refutación, le recuerda este final suyo; pero, sin embargo, le reconoce dos grandes aciertos: «haber entendido que la historia abarca todas las manifestaciones de la realidad; y haber restaurado, en contra del naturalismo, la conciencia de la individualidad».

La historia-ciencia, a través de sus vicisitudes, está en el mismo error tradicional del intelectualismo que, al afirmar la generalidad como objeto de la historia, niega la autonomía de la intuición como forma irreductible del conocimiento de los seres y las cosas únicas (singulares), es decir, irreductible también en sí misma, a uniformidades, leyes y géneros.